

# Autores varios

## DIÁLOGO EN LA OSCURIDAD

CON FOTOGRAFÍAS DE EVGEN BAVCAR Y GERARDO NIGENDA

“Yo oro ni plata no te lo puedo dar;  
mas avisos para vivir muchos te mostraré.”  
Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida,  
y siendo ciego me alumbró y adestró  
en la carrera de vivir.

*La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades, 1554.*



### Otra manera de mirar la vida

Mercedes Iturbe

Directora del Museo del Palacio de Bellas Artes

A principios de los años ochenta fui invitada a asistir al festival de cine de Pontarlier, un poblado de Francia que, aunque pequeño, cuenta con este festival de reconocido prestigio. Antes de viajar a Pontarlier desde París (ciudad en la que vivía y trabajaba como directora del Centro Cultural de México), sostuve con su director, Pierre B., un intercambio de correspondencia. El motivo de la invitación era presentar, en el marco del festival dedicado a Luis Buñuel, una exposición sobre el periodo mexicano del gran cineasta aragonés.

Al llegar a aquel lugar tuve conocimiento de que Pierre B. era ciego. Fue una gran sorpresa, pues resulta difícil imaginar que el director de un festival de imágenes esté incapacitado para ver. Mi sorpresa creció cuando fui testigo de la presencia atenta de Pierre B. en la oscuridad de la sala de cine, iluminada sólo por el resplandor de la pantalla.

Invariablemente se sentaba en la primera fila y se advertía con claridad su cabeza levantada hacia la pantalla, sin perder la atención un solo instante. Al término de cada proyección, los comentarios más eufóricos y entusiastas eran, desde luego, los de Pierre B.

Se trata de un recuerdo inolvidable que en aquel momento me mostró, quizá por primera vez, que existen diferentes formas y capacidades de apreciar todo aquello que consideramos posible sólo para los videntes. No hay duda de que ese hombre apasionado por el cine podía observarlo a través de su oído, de su imaginación y, tal vez, de ciertas manchas luminosas que percibía en un estado cercano al éxtasis.

En algunos casos, como el antes mencionado, las imágenes son factor de comunicación tanto para videntes como para ciegos: se convierten en un detonador de la fantasía y el descubrimiento.

Suele suceder, como un indiscutible privilegio de la vida, que ciertas experiencias esenciales, aparentemente extraviadas en el tiempo, se ven de pronto vinculadas en una suerte de misterio que revive el pasado y despierta recuerdos, como el anterior, casi perdidos en la memoria.

Esa ventura se dio justo cuando una tarde recibí la sugerente propuesta de realizar una exposición muy peculiar que se aleja de todo aquello que normalmente se presenta en un museo consagrado a las bellas artes. Fui atenta al planteamiento y encontré que se trataba de algo fascinante: la oportunidad de abrir los ojos a través del alma y penetrar en ese universo tan alejado de nosotros los *normovisuales*, al ser conducidos por seres que, desde la oscuridad, son capaces de introducirnos a espacios luminosos en los que la vida se lee de manera diferente.

Me sentí conmovida al recuperar, con este planteamiento, aquel lejano recuerdo de Pierre B., y muy excitada por todo lo que implicaba el proyecto. Respondí de inmediato que sí me interesaba su presentación en el Museo del Palacio de Bellas Artes en México. Poco tiempo después viajé a la ciudad de Hamburgo con el propósito de conocer la experiencia *in situ*. En esa ciudad, llena de canales y árboles, en la que se respira el perfume de la humedad líquida, visité por primera vez la muestra *Diálogo en la oscuridad*. Fueron largos días de verano con intensas sesiones de trabajo que me permitieron comprender mejor cómo surgió esta idea en la mente de Andreas Heinecke, su apasionado creador, y cómo se ha desarrollado al paso de los años en distintos lugares del mundo.

La vivencia fue inusitada: pasear por espacios envueltos de oscuridad absoluta en donde las sensaciones táctiles, olfativas y auditivas trasladan a un universo desconocido al que, como el rodar lento de una piedra, el visitante se adapta a cada paso ciego. Reconocer en la voz humana la seguridad y el camino que nos permite seguir adelante es algo totalmente nuevo para un ser vidente. Las tinieblas se vuelven resplandores cuando

el sonido de la palabra nos conduce por laberintos en los que los sentidos se abren a ese horizonte, no limitante, pero sí diferente de mirar la vida.

En el inicio del recorrido, equivalente a la lectura de un libro en el que la imaginación se desborda y conduce a una diversidad inexplicable de emociones sensoriales, experimenté durante los primeros instantes cierta ansiedad que se transformó radicalmente cuando la oscuridad se introdujo en mi cuerpo. En ese momento empezó el viaje hacia el descubrimiento de algo inesperado. Atravesar espacios en los que la naturaleza se hace presente a través de follajes exuberantes que se adivinan con el tacto y entre los cuales el visitante debe abrirse paso, así como musgos blandos que al ser caminados provocan la ilusión de encontrarse en un espacio ilimitado que puede despertar temor. A los ciegos, dice Klaus Pinkas, esta situación les recuerda la nieve. Bajo la nieve el mundo es avaro en su información, pero a la vez esa misma suavidad de la superficie que penetra las plantas de los pies deja sentir una sensualidad muy placentera. El trino de pájaros y el sonido del agua acompañan la espesura y se convierten en un sentimiento sugerente.

Siempre presente, sin abandonarnos un solo instante, está esa voz, canto de sirenas que atrae y da seguridad. Es imposible no seguirla; la sola idea de extraviarse en la negrura genera cierta angustia que concluye cuando el visitante pronuncia con fuerza el nombre de pila de ese ser mítico que nos guía por los laberintos de la oscuridad y cuya inmediata respuesta es bálsamo para el alma. No es difícil advertirse de pronto como un niño que busca el regazo de una madre para protegerse. Esa sensación peculiar es parte de la experiencia que no sólo nos deja descubrir la potencial fuerza de los sentidos, sino que también nos introduce en el universo de las emociones primarias. Se multiplican las imágenes interiores y se abren las compuertas del inconsciente. En ese camino, efímero en el tiempo, la necesidad de protección hace que la mente deje trasminar la frescura de la infancia que se apodera del cuerpo adulto y lo lleva a reaccionar de manera espontánea. Se produce entonces la apertura necesaria para registrar el abanico de experiencias que, paso a paso, se recogen en ese negro laberinto que, por su nobleza, permite recoger las estrellas a lo largo de la travesía.

Dejando atrás la tranquilidad bucólica se cruza por una frontera que nos introduce en la vida bulliciosa de un mercado. Ahí los sonidos de las voces de los vendedores son intensos y se mezclan con los aromas deliciosos de frutas y verduras, cordeles, piñatas y canastos listos para ser adquiridos por el comprador. Las manos tocan, las narices huelen. Olfato y tacto nos insertan en la adivinación y la fantasía. No vemos pero sí sentimos las texturas diversas, la piel del mango, la forma del jitomate, el perfume del cilantro, las tiras de papel de china que cuelgan de la piñata.

Impregnados de colores y de sabores avanzamos por la ruta de la aventura invisible.

El siguiente descubrimiento es la ciudad, en la que los perros ladran, los autos frenan con rechinos violentos, el vuelo de los aviones se escucha en lo alto, una bicicleta se atraviesa y la alarma de una ambulancia nos hace tener la plena conciencia de estar en el centro mismo de una clásica urbe en donde la agitación se apodera de los habitantes y es necesario tomar ciertas precauciones para vivirla.

El remanso vuelve al salir de la perturbación citadina, al entrar en un bote que nos pasea sobre el murmullo del suave oleaje, cuya brisa salpica nuestros rostros generando esa sensación tan placentera de la navegación en la que nuestros cuerpos flotan más allá del agua.

Otra vez la naturaleza acaricia y protege al visitante que, habituado a la oscuridad, se siente ahora penetrado por la luz, pero no la luz externa de nuestra cotidianidad; se trata de una iluminación interior que, personalmente, advierto también como algo físico. Dentro de mí se produce un brillo de color tenue que ocupa mi cerebro y cuya presencia no se ve alterada por el inmenso horizonte de las tinieblas.

Un tanto extraviados en la negrura llegamos a un espacio abierto en el que no hay absolutamente nada, sólo una alfombra para recibir cuerpos yacentes. La sensación auditiva de la música penetra, no sólo en los oídos que, gracias a la oscuridad, están preparados para recibir el vigor del sonido, sino también en la piel, en las uñas y en el pelo. La música se pega a nuestros cuerpos, nos posee, nos hace sentir su dulce vibración y se transforma en otro tipo de luz, la luz insospechada del universo sonoro que es, sin duda, otra forma de mirar nuestro camino.

Nos acercamos al final de la aventura. El último de los oasis negros es un bar en el que hay una barra atendida por ciegos y mesas para sentarse a dialogar sobre la vivencia obtenida a lo largo de la visita.

Se escucha en las voces un tono de sorpresa y el ángel, siempre presente, está próximo a abandonarnos para recibir un nuevo grupo.

Bebo una copa de vino y tengo conciencia del gusto que percibe mi lengua. Mi capacidad de hablar no es mucha; prefiero escuchar a mis acompañantes de travesía y captar sus comentarios sobre el reciente descubrimiento.

Al término de la animada charla en la que casi todos comunican su experiencia, el ángel se despide del grupo desamparándolo en la luz. Me habita en aquel instante una profunda melancolía, me siento como echada del paraíso, desaparece la mancha iluminada que ocupaba mi cerebro y regreso al mundo de lo visible, en el que dejan de verse tantas cosas.

Regreso una segunda ocasión a hacer de nuevo la visita. La experiencia, aunque ya conocida, me despierta casi las mismas sensaciones. Algunas pueden variar e incluso ser más intensas, mientras

que otras se perciben de manera semejante a la primera vez. En el camino se producen algunos tropezones, manos que buscan una pierna o un brazo, sobre todo en el caso de los niños, que intentan no perder el contacto con sus padres y que en la oscuridad se dirigen a veces a la pierna o a la mano equivocada. En los pequeños se advierte azoro pero no miedo. En esa etapa del viaje se empiezan a reconocer otras voces, además de la del ángel guardián que nos conduce. Nos sentimos cercanos a los otros, no sólo por la proximidad física, sino también por la complicidad compartida de la experiencia de un mundo invisible.

Es necesario hacer un tercer recorrido con luz de vidente para conocer las instalaciones y tener una idea precisa de los requerimientos para nuestra sala en el Museo del Palacio de Bellas Artes. Esa visita, aunque indispensable, es la menos encantadora; puede decirse que equivale al purgatorio. Al conocer las entrañas reales del espacio percibo la extraña sensación de nunca haber estado en esos ambientes. Hacer de nuevo el camino sin oscuridad reduce el impacto y lo hace mucho menos excitante. Todo cambia: los espacios parecen más pequeños, los objetos, antes descifrados en la sombra a través del tacto y el olfato, resultan, con la vista, carentes de emoción; el conjunto, en su totalidad, es poco evocador.

Afortunadamente, no permanece en mí esta experiencia como la conclusión de la visita a *Diálogo en la oscuridad*. Hay una última sorpresa: una cena a ciegas. Aunque mi cuerpo está particularmente fatigado y me siento un poco enferma, probablemente por la intensidad de las emociones vividas en estos largos días, intento recuperar la energía necesaria para vivir esta nueva experiencia. Me encamino a la enigmática fiesta.

Nos encontramos en el lugar de la cita un grupo de dieciséis personas que por algunos minutos conversamos en el vestíbulo exterior. Todos reunidos entramos al espacio que, una vez más, recobra su condición natural: la negrura. Existe un ligero nerviosismo que nos lleva a pensar si seremos capaces de no derramar el contenido de las copas y dirigir correctamente los cubiertos al centro de los platos.

Hay dos mesas en las que los invitados somos distribuidos. Al igual que en la primera visita de *Diálogo...*, ocurre algo insólito y fascinante. De inmediato me siento adaptada a las tinieblas y empiezo a percibir la fuerza del sonido y del olfato. Una vez más la capacidad asombrosa de los ciegos nos cobija con una nube de cálida protección. Ellos nos sirven los platillos y nos explican lo que cada uno contiene; otro más se encarga de la música y toca el piano durante la velada. Corresponde a cada uno de los comensales servir el vino en su copa colocada sobre la mesa. Es difícil comprender cómo esto puede ocurrir con esa normalidad que permite comer y beber sin cometer demasiadas torpezas. Las conversaciones en la mesa adquieren un tono diferente, dado que

nuestros interlocutores son invisibles; aquí sólo se percibe el sonido de la voz que podemos apreciar en toda su belleza. El tiempo de la cena es el mismo que acostumbramos en el universo de los videntes; sin embargo, las percepciones son completamente diferentes. Después del postre los acordes del piano resultan más intensos, quizá las bebidas han hecho un cierto efecto, pero el pianista también expresa una mayor euforia a través del teclado. Andreas me pide que bailemos; es la primera ocasión de mi vida en la que bailo en la oscuridad total. Es muy distinto el frecuente fenómeno de los enamorados que al bailar cierran los ojos por instantes; en esa circunstancia, que conocemos casi todos, se trata de una experiencia de segundos que puede ser intermitente y que, de la misma manera, si así lo decidimos, las imágenes del exterior pueden ser recuperadas sólo con la voluntad de abrir los ojos. Lo más extraño de todo es que también fui capaz de bailar sin tropiezos. Debo dar el crédito a Andreas, que me conducía en el baile y que conocía el lugar, valga la expresión, con los ojos cerrados. Pero aun así lo misterioso es sentir una gran seguridad en los movimientos de los pies que se desplazan en la negrura total y, además, sentir el baile en el cuerpo de una manera diferente. El ritmo de la música penetra de otra forma, ya que nada nos distrae y sólo percibimos en la sangre la armonía musical.

Para quienes somos videntes, la experiencia de la oscuridad nos lleva a la necesidad de una concentración poco común, sobre todo cuando, de manera efímera, nos introduce a ese universo ajeno que es percibido como una condición de vida muy limitante.

La vivencia de las tinieblas, además de obligarnos a la concentración, incita también a la reflexión profunda: ese descubrir en carne propia que sin la luz aparece otra luz de experiencias sorprendentes.

La saturación de imágenes que bombardea y acosa a nuestra época es una realidad que conduce a perder la capacidad de la mirada. Si ésta se conserva, es posible observar las maravillas de la naturaleza y comprobar el asombro que, desgraciadamente, se diluye día tras día en ese mar de pantallas diversas que nos ahogan en una perturbación con frecuencia imperceptible. La fantasía se nos escapa, pero también esa facultad única del ser humano que es la comunicación a través de la palabra.

En ese universo amenazante de las pantallas que se reproducen como bacterias es, sin embargo, muy importante recordar a Lumière, a finales del siglo XIX, y a Méliès, en los inicios del XX. Sus magníficas aportaciones hacen surgir ese nuevo lenguaje que permite la incorporación de las imágenes en movimiento para recrear las grandes obras literarias, los hechos históricos más relevantes y las ficciones fantásticas escritas para ese lenguaje naciente. El cinematógrafo es un

testimonio incuestionable de cómo, a través de su poderoso hechizo, se ha tocado el espíritu de infinidad de seres.

Todo en la vida tiene excepciones y el legado de imágenes inolvidables que el cine ha dejado a lo largo de más de cien años no se puede negar, aunque también ha sido el camino para producir una gran cantidad de basura alejada del verdadero talento. Sin embargo, vale la pena guardar en el alma ese maravilloso invento que marcó la vida de la mayor parte de los seres que nacimos en el siglo XX.

En el inicio de este texto mencioné a ciegos capaces de mirar el cine con verdadera pasión; asimismo resulta indispensable recordar a escritores excepcionales como Borges, que con inmenso ardor dedicó su vida al canto de la literatura. Estuvo al frente de una biblioteca que para él representaba el paraíso. En su conferencia titulada “La ceguera” destaca algo increíble: dos de sus antecesores que dirigieron esa misma Biblioteca Nacional también eran invidentes y, por supuesto, como él, amantes de los libros. “Yo le debo a la sombra algunos dones”, dijo Borges haciendo referencia a su ceguera.

A su nombre se añaden tantos otros que nacieron ciegos o que perdieron la vista en algún momento de su vida y que, con el legado de su creación, reafirman la genialidad de seres que, inmersos en las tinieblas, desarrollan una mirada distinta guiada por cuatro poderosos sentidos, la profunda búsqueda del conocimiento y la belleza, anidada en el alma.

Milton y su *Paraíso perdido*, Joyce y su *Ulises* y otros han aportado a sus lectores un universo de riqueza extraordinaria en cuya complejidad está concentrado el misterio del descubrimiento.

Estas breves reflexiones surgen a partir del encuentro con una muestra que, como la cola de un cometa, arrastra tras de sí un cúmulo de conocimiento iluminado y de ideas asociadas a la realidad de un mundo de contrastes. *Diálogo en la oscuridad* nos aproxima a ese conocimiento, pocas veces experimentado por los videntes, de penetrar por algunos minutos en el universo de la oscuridad y sentir al interior de nuestros cuerpos una experiencia de sensaciones inéditas que propician el cuestionamiento sobre quiénes somos y cómo nos movemos en el mundo. Se trata de un proyecto en el que, además de recobrar por instantes el olfato, el tacto, el oído y el gusto, cuya intensidad debilitamos con frecuencia, se recupera también una esperanza situada en la posibilidad de la comunicación y del encuentro: esa otra luz que ha de pasar por las tinieblas.

Presentar en un museo dedicado a las bellas artes una idea convertida en espacios invisibles es, además de un experimento social de gran audacia, una manera de abrir sendero a una percepción distinta que nos conecta con el más alto sentido de la estética y, por lo tanto, del arte, en su aspecto más profundo.